

Las tentaciones de Ramón

por Daniel Buján

Mira que es listo el demonio. Que bien sabe que cuando un corazón se enamora se ablanda, y se vuelve maleable, y vive como entre nubes, con los pies alejados de la tierra. Y que es muy fácil engañarlo y llevarlo por el mal camino.

Todas las mañanas recibe de sus corresponsales en la tierra listas de los últimos enamorados, que lee detenidamente después de repasar los periódicos.

— ¡Que hagan venir al diablo Benedito! —dijo un día.

Benedito era un pequeño diablo, de sólo doscientos años, aún estudiante de EGB

—Buenos días Benedito —le dijo cuando llegó— tengo un pequeño trabajo para tí. Tienes que ir a un colegio allá arriba, en un lugar que se llama Brión, a tentar a un chico que acaba de enamorarse. Iría yo mismo a hacerlo, pero últimamente eché mucha barriga, y meterme en un disfraz de niño me cuesta cada vez más. Ando todo el tiempo ahogado y estoy deseando volver pronto al infierno para podérmelo quitar. Si me haces bien el trabajo hablaré con tu profesor para que te apruebe las prácticas de primero, que creo que llevas diecisiete años suspendiéndolas.

— Agradezco la confianza —le respondió el diablo—. Intentaré tentar con mi mejor voluntad. Aunque confieso que soy novato y este es mi

primer trabajo en la tierra. No se yo si sabré complacerle.

—Tu no te preocupes —le contestó el demonio mayor, que tenía gran sabiduría—. Hoy no es problema tentar a nadie. Se los demonios tenemos en estos tiempos algún problema está más bien en la competencia, que hay tanta y tan bien hecha, que la mayor parte de los tentados tienen gran problema en elegir en cuál de las tentaciones caer. Con los niños, el cine y la televisión nos hacen ya la mayor parte del trabajo. Les llenan la cabeza de tantas tonterías que cuando llegamos nosotros ya tenemos casi todo el camino hecho. Tu házme caso, empápate de televisión, y verás como te han de sobrar ideas.

Y así fue como el diablo Benedito se embarcó para el mundo de los mortales, y como los viejos lugares donde reposan los restos de Santa Minia recibieron un día del alegre y hermoso mes de abril la inesperada y nunca deseada visita de las incansables fuerzas del mal

Allí, ajeno al interés que estaba despertando en el mundo subterráneo, Ramón vivía, o más bien soñaba que vivía, entre las dulces nubes de algodón de un sentimiento que lo había sacudido con la fuerza de un incontrolable ciclón: el amor. Benedito no tardó mucho en hacerse su amigo.

— Esa niña de allí, con la chaqueta verde, es María —le dijo un día Ramon a Benedito—. Es la chica más bonita y más simpática del colegio y la verdad es que me gusta muchísimo —le confesó—, estoy todo el día pensando en ella. Ven, te la voy a presentar, y así puedo acompañarla un rato.

— ¡Tú estás loco! —exclamó Benedito—. Como se nota que en esto de mujeres no tienes experiencia ninguna. Si te gusta esa niña y quieres gustarle a ella tienes que simular justo lo contrario. Tienes que mostrarte duro y distante, y hacer como si despreciases a las mujeres, que un hombre non debe nunca expresar sus sentimientos. ¿O es que tú no ves televisión, ni vas al cine? ¿Dónde ves tú que un héroe de verdad sonría y se ponga a hablar dulcemente con una chica? Tienes que hacer como el Clint Eastwood de las viejas películas, o como Conan, y mirarlas como si no fuesen más que el descanso del guerrero. Tu házme caso a mí que de esto se mucho Este fin de semana procuraremos ver todos los vídeos posibles de Van Damme, Schwarzenegger, Bruce Willis y dos o tres más de los más machos. Y luego vamos a ensayar algunas caras de estreñido, a ver que tal se te dan.

Y así fue como el pobre Ramón, que hasta entonces

siempre buscaba estar con María, y charlar con ella, pasó, por desgraciado consejo del diablo, a no hacerle ni caso, e incluso cuando pasaba por delante de ella, entornaba los ojos y ponía gesto de comando americano que acaba de matar con sólo sus manos y un cortauñas dos mil vietnamitas, trescientos chinos y veinte asesores rusos.

—Debe estar enfermo —decía María a Noa y a Eva, sus amigas— ya nunca viene a hablar conmigo e está todo el día poniendo unas caras rarísimas, como si le doliesen los dientes.

El tiempo mientras, iba pasando y Ramón comenzaba a darse cuenta de que eso de poner cara de granito no funcionaba muy bien y de que María, en lugar de caer rendida a sus pies estaba cada vez más distante. El diablo Benedito, rápido de reflejos, antes de que se desanimase, atacó de nuevo.

—De todas maneras —dijo como pensando en voz alta—, pienso yo que en tu caso lo de poner cara de hombre duro no va a ser suficiente. Yo no te lo quería decir, pero me parece que estás un poco gordo de más, y esa es la verdadera razón de que María no se enamore aún de tí. Porque dime, ¿has visto alguna vez en la televisión algún protagonista de película que fuese gordo? Y si alguna vez aparece es para que se rían de él, que todos los actores gordos

son actores cómicos. Y ya no te digo en los anuncios, que son el verdadero reflejo de los valores a seguir en el camino de la vida. Fíjate bien en los cuerpos que aparecen en la publicidad de yogures, o de comida *light*, o de bebidas, o de aparatos de gimnasia, o de casi todo. ¡Que líneas! ¡Que esbeltez!

Pobre Ramón. Esto comenzaba a ser un calvario para él.

—Hoy voy a comer sólo la sopa, mamá, que quiero adelgazar un poco —dijo aquel día en la mesa.

—¿Qué no quieres comer este bistec con patatas? ¡Con lo que me costó comprarlo! ¿Tú crees que la carne la regalan en una tómbola? ¿Y que demonios es eso de adelgazar? No me vuelvas loca, que bastantes problemas tengo como para escuchar tonterías. ¡Preocuparse por adelgazar a tu edad! ¡Lo que me quedaba por oír!

—¿Qué se puede hacer con una madre así? —protestaba compungido Ramón al día siguiente.

—Algo siempre se puede hacer, —le decía Benedito—, por ejemplo no comer el bocadillo de la merienda, ni el que tu madre te manda para tomar en el recreo a media mañana. Pero se me ocurre una solución para complementar el medio régimen que vas a seguir: hacer pesas. Así conseguirás además un cuerpo fornido y musculoso. Rambo va a ser a partir de ahora tu meta espiritual. Cara de vacuidad mental y musculatura inabundante. Las mujeres mueren por una buena musculatura.

—Pues la Masa, que yo sepa, no les gustaba demasiado.

—Eso es porque era verde, que la gente es muy racista.

Entre los bocadillos aban-

donados y el ejercicio que todas las noches el pobre hacía a escondidas, Ramón en quince días había perdido cinco kilos y la mitad de su espíritu y de sus fuerzas.

—Ahora si que estoy segura de que está enfermo —le decía María a las amigas—. ¿No veis como ha adelgazado? ¿Y cómo anda que parece que va arrastrando los pies? ¡Que pena de chico! ¡Tan encantador como era! Si incluso estaba empezando a gustarme. ¡Pero ahora se ha vuelto tan raro...!

Mientras, el diablo seguía engañando al pobre Ramón, haciéndole ver las cosas al revés de lo que eran.

—No puedes desanimarte ahora que estamos tan cerca del éxito —le decía—. ¿Tú te has fijado como siempre queda pendiente de tí cuando pasas por delante? No hay duda de que la tienes hechizada, pero posiblemente sea un poco tímida. Hay que darle un poco más de impulso para que se anime.

—¿Y que puedo hacer, si ni fuerzas me quedan?

El demonio no sabía que inventar. Aprovechando que Ramón estaba en los huesos le convenció de que tenía que parecerse a una estrella de rock duro, de esas que salían en la tele rodeadas de niñas gritando como locas. Y hay que ver que paciencia tenía el pobre enamorado. ¡Que bien llevó lo del pelo largo, e incluso lo de las arandelas en la nariz! Pero eso de no lavarse y lo de decir cosas en inglés y frases «profundas» le resultaba muy difícil.

—¡Epatación del miasma acomodaticio! ¡Mi beibi! —le gritaba a María por indicación del diablo cuando pasaba junto a ella—. ¡Ou yea!

—¡Ay Dios mío!, —decía compungida la niña a sus

amigas— ahora incluso desvaría.

—Hay que reconocer que tu aspecto no es muy feliz —le confesó Benedito después de que en una semana Ramón perdiese los pocos amigos que le quedaban—. Quizá María no es muy aficionada a la música. Pero ví hace poco varios anuncios de perfumes, que no se como no pensé antes en ellos. Te echas unas gotas y por donde pasas las mujeres hacen locuras y van cayendo derretidas por tí. Tú déjame que voy a hacerte una selección de los que parecen más efectivos.

Habituado a los olores del infierno, Benedito no tenía demasiado gusto en la elección y mezcla de colonias.

—Ahora si estoy segura de que Ramón tiene algo grave —comentaba María cada vez más preocupada—. ¿No os habeis fijado en como apesata? Sabe Dios que medicamentos le deben estar echando en el cuerpo.

Hay que ver que malo es el diablo. Dos niños felices cuando estaban juntos y ahora sufriendo los dos por los malos consejos de un falso amigo. Menos mal que Santa Minia, que también era niña, y no le gustaba que se hicieran tales desatinos en su pueblo, decidió intervenir para que María y Ramón volviesen a ser amigos.

Se vistió de niña con trenzas y fue primero a hablar con María.

—Pobre chico ese amigo tuyo —le dijo—. Debe estar pasándolo muy mal con su enfermedad. Si tan amigo tuyo era, me parece que deberías hacer un esfuerzo para ayudarlo. ¿Por qué no intentas hablar con él?

Luego, aprovechando un momento en que el diablo dejó solo a Benedito para ir a

buscar unos vídeos de Bruce Lee, le habló clara y directamente.

—Eres el niño más gilime-mo que conozco. ¿Dónde piensas tú que vas intentando ser lo que no eres? ¿A tí María te gusta por el perfume que lleva y por los pendientes que se cuelga, o te gusta por que es buena chica y buena amiga? ¿Qué te hace pensar que las chicas son diferentes y les gusta el que tiene el pelo más largo y los músculos más gordos o el que se echa más perfume? Hay que ver que tonto eres.

Así que Ramón se puso a pensar y razonar un poco, se cortó el pelo, se lavó bien para sacar los restos de perfume, se volvió a colocar la sonrisa que antes siempre llevaba en la cara y decidió, sin que el diablo lo supiese, ir a hablar con María, que por su parte había tomado paralela determinación.

—Me tenías muy preocupada —le dijo ella.

—Fue la gripe asiática —le contestó Ramón, que no se atrevía a confesar lo tonto que había sido—. Este año a algunos les da así de fuerte.

—Pues fue una gripe bien rara —le contestó María—. Me alegro de que estés ya curado. Así podrás venir a mi cumpleaños, que es la semana que viene.

—Iré encantado —contestó radiante Ramón.

—Pues ven abrigado, no te vaya a coger de nuevo esa gripe del diablo.

No sabía María hasta qué punto estaba en lo cierto. Los dos felices se alejaron hablando por el camino que va hasta la carretera, mientras Benedito, que los había visto desde lejos y había adivinado su fracaso, rabiaba, que es lo que hacen los diablos cuando non les salen bien las cosas.